



En el homenaje a Arturo Marasso

Fermín Estrella Gutiérrez



Bahía Blanca, 25 de junio de 1970.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-Sin Derivadas.
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Información adicional en: <http://repositoriodigital.uns.edu.ar/handle/123456789/9>

EN EL HOMENAJE A ARTURO MARASSO

Fermín Estrella Gutiérrez

Arturo Marasso era algo más que un gran escritor, que un poeta profundo e inspirado, que un sagaz investigador de fuentes e influencias literarias, que un crítico y ensayista de acendrada y casi milagrosa erudición. Arturo Marasso fue todo eso, pero fue, además, y por sobre todo, un hombre casi excepcional y único, por su innata bondad, por su generosidad sin tasa, por su modestia, por la fuerza comunicativa de lo que yo llamaría su condición humana; por su amor de toda su vida, a la naturaleza, no a la naturaleza en abstracto, sino en su realidad tangible y cotidiana, en la rama del árbol recortada sobre el cielo, en la hierbecilla que extiende su verde urdimbre sobre la piedra gris, en el insecto que se esconde entre las hojas y brilla, a ratos, bajo el sol: por su culto a la belleza, belleza que él llevaba dentro de sí, y que proyectaba, simple y naturalmente, en las obras que nacían de todo su ser. Marasso, para el que no lo haya conocido personalmente, será sólo el escritor poseedor de una sabiduría asimilada y consubstanciada con todo él, el poeta de inspiración virgiliana y henchido del paisaje de su provincia, en su juventud, y el poeta caviloso y lleno de misterio cósmico, de sus últimos años; el prosista fluyente y persuasivo, claro y luminoso como un diamante en sus obras de evocación y en sus libros de crítica y ensayos. Pero para quienes tuvimos la suerte y el privilegio de conocerlo y tratarlo durante toda la vida, Marasso fue, además, un ser múltiple y complejo, como pienso que debieron ser los grandes poetas de la antigüedad, del Renacimiento y del post-Renacimiento, un Homero, un Góngora, un Goethe, autores a los que él precisamente, conocía a fondo, y reverenciaba. Era, además, el padre, el consejero, el estímulo constante, para los demás, sobre todo para los jóvenes. No por lo que decía, y por lo cálido y verdadero de su amistad, enternecedora siempre, sino por su sola acción de presencia. Verlo avanzar hacia nosotros, ya fuera en las arboladas avenidas de la estancia "La Ribera", de don Francisco Soto y Calvo y de doña María Obligado, próxima al Paraná y sus afluentes, o por la populosa, y con algo de río humano, calle Florida, el paso un tanto vacilante, la cabeza descubierta coronada por el escaso cabello ya ceniciento, el rostro de líneas poliédricas ligeramente iluminado por una sonrisa interior que lo embellecía, era sentir la presencia de una gran alma, de un ser humano de excepción, de esos que ayudan a vivir y a creer en el corazón fraterno del hombre. Yo he escrito

muchas veces en vida de él, sobre su obra literaria, de valor extraordinario y perdurable desde mi primer artículo sobre Marasso aparecido en una revista, en 1923, hace cerca de cincuenta años, hasta el extenso capítulo que le dedico en mi último libro, aparecido el año pasado. Celebré siempre en él, como se lo merecía, al poeta de los roquedales y verdes arbustos achaparrados, de la montaña y del cielo, de La canción olvidada, de Presentimientos, de Poemas y coloquios al artífice, único en nuestra lengua, de ese bello poema digno de los mejores tiempos de la poesía griega, que es Melampo; al autor de ese libro ya clásico en nuestras letras, de recuerdos de infancia, sin anécdotas, donde el paisaje de un trozo del noroeste argentino se ilumina con luz penetrante y nueva que se llama La mirada en el tiempo: tal autor de ese otro libro en prosa pero poesía pura todo él, transpasado de luz del Mediterráneo -el Mare Nostrum, que él no vio, pero que sintió como pocos, que es Joyas de las Islas; y al autor de tantos y tantos trabajos de erudición y de exégesis literaria, entre ellos del Cervantes, del Góngora, del Mallarmé y del Rubén Darío, libros indispensables para quienes quieran, en el futuro, conocer exhaustivamente, las fuentes verdaderas, o probables, de estos grandes ingenios, a la par que la valoración exacta de sus obras. Pero hoy, aquí, en esta Bahía Blanca austral, progresista y culta, enriquecida por su biblioteca pública, "Bernardino Rivadavia", un modelo en su género, y por su nueva y pujante Universidad, en esta Bahía Blanca que posee, por un designio del destino, algo que fue tan caro a su espíritu, como lo fue su biblioteca, quiero traer sólo un gajo de laurel, y dejarlo, como un símbolo, al pie de su imagen, como un homenaje a lo que fue ya lo que será siempre, para el país y para la cultura sin fronteras, Arturo Marasso. Yo que vi durante sus últimos cincuenta años, crecer y enriquecerse su biblioteca, muchos de cuyos rarísimos ejemplares, algunos adquiridos con gran sacrificio, puso en mis manos apenas comprados en mis frecuentes visitas al maestro, sé lo que significa para esta ciudad, tener, como un tesoro, al alcance de alumnos y estudiosos, libros, muchos de ellos únicos, que son ya, una de las riquezas, y no de las menos importantes, de Bahía Blanca.

Marasso amaba a su biblioteca y la usaba como una constante y necesaria herramienta. No leía los libros, los penetraba, siguiendo aquí y allí a veces levísimas huellas que luego lo llevaban, guiado por un instinto innato en él, a confrontaciones y hallazgos de influencias o reminiscencias que, lejos de aminorar el valor de los autores, lo agrandaba, demostrando en ellos una proyección de su cultura y de sus lecturas que contribuían a perfeccionar y completar su personalidad. Tal el caso de las influencias de Virgilio y Ariosto

en el Quijote, o la incidencia de pintores y escultores y de poetas de las nuevas escuelas poéticas francesas de fines de siglo, en la obra de Rubén Darío, la gran devoción de toda su vida. Su amor a los libros, su vocación por la cultura esencial que enriquece y embellece la vida, y su gran amor al país, a sus instituciones y a los principios que dignifican y ennoblecen la vida del hombre -su último escrito fue un estudio sobre nuestro Himno, que es un himno a la libertad y a la feliz convivencia entre los seres- no son sino aspectos de una cosa indisoluble y única: su pasión por la cultura y por los nobles ideales, y por el país, hoy más necesitado que nunca de ciudadanos como él, honestos y talentosos, y en algunos casos, como en el suyo, poseedores del don de la sabiduría y de la belleza, dones casi divinos, que desde la más remota antigüedad, iluminan y mejoran el difícil destino del hombre. Por eso dije de él, al despedir sus restos, que con Arturo Marasso se iba otro de los grandes argentinos, herederos y continuadores, como lo fue su ilustre comprovinciano y protector, Joaquín V. González, a quien tantas veces evocó y reverenció en sus escritos, de la generación del 80, con la que se inició el progreso y la grandeza del país, después de Caseros.

En nombre de la Academia Argentina de Letras, que me ha discernido el alto honor de representarla en este acto, y de la que Marasso -último sobreviviente del primer grupo académico-, fue su primer secretario, y director, durante años, del Boletín y en cuyas reuniones era constante y valiosísima su colaboración, principalmente en el estudio de los argentinismos, atento con celo ejemplar a la precisión y al verdadero alcance de los vocablos y casos en consideración, traigo a este homenaje, no sólo la adhesión más fervorosa de la corporación, sino, y permitid que lo exprese en primera persona, mi emoción y mi cariño a quien quise y admiré durante toda mi vida, y cuya divisa, que él grabó, a punta de buril, en la letra que escribió para el Himno de la Escuela Normal de Profesores, hice mía, como tantos de sus discípulos, imantado e incitado por su gran alma:

Sé el diamante que bruñe al diamante,
sé mañana más sabio y mejor.